

2021

## Matinée en el cine Bolívar (cuento)

Javier Vásconez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Vásconez, Javier (April 2021) "Matinée en el cine Bolívar (cuento)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 93, Article 34.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss93/34>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

## **Matinée en el cine Bolívar**

**Javier Vásconez**

A todos los amigos que aman el cine.  
A Lucía, a Patricio Burbano, a Juan Fernando Andrade, a  
Francisco Estrella, a Gustavo Salazar.  
A Leonardo Hidalgo, a Sandra Araya. Ami vecino escritor.

### 1

Esa mañana de mayo, en su estudio de Santa Clara, Vásconez no debió encender el televisor. Algo había pasado en la ciudad. ¿Era el fin del mundo? Durante toda la semana, desde muy temprano, las imágenes volvieron una y otra vez. Todo llegaba a través de la voz acalorada de una reportera, que hablaba a la entrada de un cementerio. Al fondo se veía una hilera de ataúdes abandonados.

Con aire distraído cogió el álbum familiar de encima de la mesa. Era antiguo y tenía una cubierta de cuero repujado. Había tomado asiento para mirar con atención aquellas fotografías donde se recogía parcialmente la historia de la familia. Así volvió a invocar los lejanos días de su infancia, de cuando era niño y vivía paralizado por el miedo a los fantasmas en la casa de sus abuelos. Ahora se preguntaba por qué le había llamado tanto la atención aquella mujer, de ojos grises, apagados, con el rostro pálido y cuya fotografía había aparecido desprendida, sin pegar, dentro del álbum. Más adelante recordaría el color marrón suave del papel, aparentemente impregnado de historia, como si fuera un retrato hecho para la posteridad. También le impresionó la voluntad del fotógrafo para captar la serenidad de sus ojos. ¿De dónde venía esa mujer? ¿Qué buscaba? Según contaba su primo Federico, muchos años

atrás, el abuelo Rafael se había acercado una mañana a la oficina de correos de la estación de trenes con el propósito de retirar un paquete enviado desde Burdeos. Vásconez dedujo que la mujer pensaba viajar a Guayaquil. No tenía otra opción. Iba vestida con un abrigo negro de cuello alto y llevaba una enorme maleta de cuero. Se llamaba Matilde, pero a la vuelta de los años sería para todos Mamatina.

Mientras se paseaba por el estudio, Vásconez recordaba cómo los abuelos tomaban el té a las cinco. Era la hora en que la señora Matilde llenaba la casa con su promesa de bollos, mermelada de toronja, higos confitados y tostadas con mantequilla, cuyos aromas invadían el comedor donde colgaba un paisaje de Troya sobre un aparador repleto de copas. Entre tanto, pensaba que una vida tan anodina y gris como la de la señora Matilde le había dejado huellas profundas, sobre todo porque salía con ella los domingos.

En esa época no había mucho que hacer en la ciudad. Los sábados por la tarde acudía a la casa un grupo de damas europeas que iban a jugar bridge con la abuela en el salón chino. Era un día muy ajetreado para la señora Matilde, ya que debía cumplir con los aderezos y el ritual del té. Las recordaba envueltas en la luz imprecisa de la tarde, bañadas por el brillo de una lámpara, igual que las cucharillas y los tenedores de plata, las tazas de porcelana con filo dorado y un mantel azul de hilo extendido con pulcritud sobre la mesa del comedor.

Ayer tras haber examinado con atención a la señora Matilde en la foto, con el pelo enrulado y escaso de color castaño claro, aunque ya empezaba a ponerse gris en las sienes, Vásconez se preguntaba si la mujer apoyada en la baranda de un puente de Bruselas, donde la familia había residido durante seis meses, era la misma que con puntualidad y corrección atendía los sábados por la tarde a las jugadoras de bridge. Al retirar con cuidado la foto del álbum pasaron ciertos detalles por su mente, al tiempo que daba vueltas por el estudio. Luego se distrajo mirando al abuelo Rafael, que tomaba café en una terraza junto al lago de Ginebra, con la abuela sentada a su lado ostentando un sombrero de plumas. Sin embargo, había algo más, pues no lograba explicarse el motivo por el cual el marido—un inaccesible y misterioso Coronel—había abandonado a la señora Matilde. Ese era un asunto sobre el que jamás se hablaba en casa de los abuelos.

Como si obedeciera al impulso de un recuerdo imaginado, Vásconez se animó a entrar a la estación de trenes. Había poca gente en el vestíbulo. Era como si todos estuvieran escapando. La sala tenía un aire abandonado. Así que el pacto entre el abuelo y la señora Matilde fue decisivo para ella, y se hizo entre el humo y el chirrido de los trenes. Durante la interpelación el abuelo descubrió además que ella hablaba bien francés.

Al cabo de un momento encendió de nuevo el televisor. Se sentó un rato en la cama, apretándose los brazos con las manos. Aún sin sacar conclusiones vio las imágenes difundidas por el noticiero donde una joven

reportera proclamaba con voz alborotada y agitando el micrófono en la mano, la gravedad de la pandemia. A Vásconez ya no le quedaba valor para seguir mirando la pantalla, le latía con fuerza el corazón. Porque a unas cuadras de su casa la gente se estaba muriendo. En realidad no era una periodista la que hablaba, sino la voz de la muerte. Delante de una casa inacabada, de color amarillo, una mujer hablaba de castigo divino, mientras un grupo de hombres quemaban ropa, cartones y cobijas sobre la acera de una avenida. En el vecindario ningún árbol tenía hojas, todos estaban pelados. Vio con indignación los ataúdes abandonados y los cuerpos envueltos en sábanas. Luego preparó café bien cargado y se comió un puñado de almendras. Tampoco se le permitía bajar al parque, aunque él no habría soportado ver a las palomas respirando con dificultad delante del atrio de la iglesia.

Había tratado de evaluar el color del cielo. Todo era negro. ¿Era martes o miércoles? Sin desvestirse, esa noche durmió mal. Al despertar tomó una ducha. En todas partes ocurría lo mismo. Daba igual si estaba en Quito, Buenos Aires, Guayaquil o Calcuta. Por todo lado circulaban los mismos rostros enajenados. A continuación vio hospitales colapsados y médicos con mascarilla. En un gigantesco edificio a las afueras de Milán, asomadas a los balcones, un grupo de mujeres hacían señas con la mano, como si se despidieran desde un trasatlántico para siempre.

Tras sesenta días de cuarentena, sin salir a la calle, lo único que le quedaba era contemplar la ciudad desde la inmensidad del cielo. Abrió todas las cortinas y vio oleadas de nubes grises y negras, salpicadas con un ligero tono celeste, avanzando con la misma lentitud de los ataúdes. Por la tarde seguro que iba a llover. Porque la lluvia nunca se detiene en esta ciudad, se dijo. Nada desentonaba. Todo formaba parte de las mismas tinieblas, de la misma apariencia, de la misma indescifrable oscuridad que inundaba la sala del cine Bolívar antes de cada función.

Ahora recordaba. Era a finales de los años cincuenta y sólo pretendía comprender el motivo por el cual la señora Matilde se hallaba en la estación. Podía imaginarla como la fugitiva de una película de guerra, aunque sabía que había sido abandonada por el marido. ¿O quizá fue ella quien lo dejó tras una violenta disputa? Desde el estudio, Vásconez trataba de reconstruir la escena con el abuelo, ella quitándose los guantes para saludarlo.

Mientras sostenía una taza de café, Vásconez contemplaba el parque apoyado en la baranda. En un banco dormía plácidamente un hombre cobijado por una manta con una botella en la mano. Se quedó mirándolo. Sintió en la cara el viento helado y abandonó el balcón. Regresó al escritorio. Dejó el café sin terminar encima de la mesa junto a una pila de libros. Se sentó frente a la biblioteca. Los libros se le imponían con una presencia silenciosa desde los anaqueles. A lo mejor era lo único que tenía para vivir, porque de algún modo los libros contenían todas las palabras del mundo. Una biblioteca es un salón de voces calladas.

Detrás de la ventana le concedió una última mirada a la lluvia, que caía con estruendo sobre el parque. Esa tarde hubo una actividad inusitada en el barrio de La Comuna. Sus habitantes parecían haberse escapado del fondo oscuro del volcán, al que la ciudad siempre le había dado la espalda. Otros en cambio se dirigían a la carrera hasta una avenida. Habían sacado cajas y sillones desfondados, prendían fuego a las camas. Le bastó ver a unas mujeres corriendo con sus vestidos floreados y a un grupo de hombres quemando un ataúd con una cruz metálica sobre la tapa para sentirse alarmado. Cayó derrumbado en un sillón del estudio, y como esa noche no pudo dormir, poco a poco se fue internando en ese museo personal que era el álbum de fotos. Había tal cantidad de imágenes congeladas, subrayando lo que pretendía ser la felicidad de una familia entre aquellas páginas de cartulina. Al revisarlas vio gestos ambiguos, sonrisas improvisadas, intuyó palabras y modales que no significaban nada hasta que al fin cayó en cuenta que el pasado pugnaba por entrar en sus ojos. Hubiera querido apartarse de ese mundo, abolir esos fantasmas adheridos como bacterias a sus recuerdos. Era la distancia existente entre el oleaje de la vida y el tiempo. Ahora todos estaban muertos y a todos los destruyó la enfermedad, o quizá fueron atacados por la codicia, la locura, el alcohol, la droga, la mariconería, es decir el tiempo.

Después se puso a limpiar con una servilleta de papel los estilógrafos, asegurándose de no lastimar las plumas. Por su mano pasó el cuerpo estilizado de un Sheaffer. Luego un modelo exclusivo de un Wasserman, comprado en Nueva York. Por último un Pelikan de laca verde con el que había escrito casi todos sus libros, cuya pluma de oro se deslizaba por el papel como si adivinara lo que iba a escribir. Entre tanto, engullía con avidez una bolsa de papas fritas. Otras veces, hacia el amanecer, buscaba en el canal musical la melodía de una cantante, como si quisiera renovarse durante la noche con la voz ronca, hipnótica, de una melodía solitaria.

Pasó una semana y volvió a la televisión, donde oyó llorar a un joven muy flaco con la cara redonda de chino. Llevaba pantalón corto y gorra blanca de béisbol, al mismo tiempo que usaba una pala para empujar un ataúd. Vásconez se prometió que nunca volvería a encenderla. Aunque la pantalla parecía ser su único refugio. Cada tanto el joven de la gorra se pasaba un pañuelo por la cara como si el peso del ataúd lo hubiera clavado aún más en la calle, aunque estaba claro que en ningún momento iba a regresar a su casa donde probablemente le esperaba un camastro con las sábanas sucias y arrugadas de la muerte. ¿Cómo no le iba a dar horror ver al joven golpeando con la pala el ataúd?

No fue difícil recuperar la época dorada del teatro Bolívar, inaugurado el 15 de abril de 1933 en la calle Espejo, entre Guayaquil y Flores. Su construcción fue iniciativa de los hermanos César y Carlos Mantilla. Para

su edificación contrataron a la firma Hoffman & Henon de Filadelfia, bajo la dirección del arquitecto August Ridder. Como el teatro Marconi, antes Doria, de Buenos Aires, o el teatro Coliseum en Madrid y el Crillon de París, el teatro Bolívar aspiraba a ser una versión similar de los teatros de esa época. Era el mayor exponente de Art-Nouveau en la ciudad. Pero el domingo 8 de agosto de 1999, como resultado de una fuga de gas del local comercial de la planta baja, ocupado por la multinacional Pizza Hut, se produjo un incendio que consumió el setenta por ciento de las instalaciones del teatro.

También se preguntaba si él sería capaz de recordar la matinée en el teatro Bolívar. En esos años se había desarrollado en el niño una cierta capacidad para explorar la vida de algunos malvados en el cine, en oposición a la existencia sin alicientes a la cual le tenían sometido los abuelos. En las películas todo era distinto. En un abrir y cerrar de ojos, sin hacer muchos esfuerzos, la señora Matilde había captado una temprana vocación del niño por la aventura, una fuerte inclinación por la nocturnidad. Porque apenas se apagaba la luz comenzaba a fantasear. Eran los tiempos en que casi todos los espectadores iban al cine con abrigo, algunas mujeres incluso llevaban guantes y sombrero. Si se le hubiera permitido observar a través de la mirilla de la sala de proyecciones, el niño habría discernido a oscuras no sólo los rostros de los espectadores, sino los anillos de las señoras entre las butacas.

Si bien llegó a saber muchas cosas acerca de la señora Matilde, a veces le daba la impresión de haberla conocido muy poco. También se dejaba guiar por las opiniones de su primo Federico, a quien llamaba de vez en cuando por teléfono, porque le habría gustado saber más sobre ella. ¿Dónde había vivido antes? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Dónde estaba enterrada?, le había preguntado. Pero como el primo se encontraba estudiando en Salamanca le dijo que él no sabía nada de eso, de modo que dedujo que estaría sepultada en el cementerio de San Diego.

En un almuerzo, en los años ochenta, su hermano Diego le preguntó si el apellido de la señora Matilde era alemán. Su padre replicó que era de origen judío, Baum o quizá Blumenthal. Aunque nacida en Chile, había adoptado el apellido Jaramillo creyendo que de esa manera lograría integrarse por completo a la familia. Fue en esa época, estimulada sin duda por el abuelo, que siguió por correspondencia un curso de pastelería y cocina francesa, con apoyo de la Embajada de Francia, hasta que un día recibió de París un paquete con el título de chef y además el grueso libro de Cordon Bleu. Libro que Vásconez todavía conserva en su biblioteca y que la abuela consultaba cada mañana para elegir el menú del día.

Antes de apagar la luz del dormitorio se detuvo a escrutar el cielo, que era como un reflejo de la ciudad, y entonces percibió la sombra

indecisa de la luna. Después de leer sin convicción unas páginas de John Connolly, se vio a sí mismo junto a la señora Matilde en el cine. Lo fue reconstruyendo todo con nitidez. De pronto el rugido del león irrumpió con ferocidad en la sala. Puso especial atención a lo que sucedía. Los recuerdos tenían la dimensión de una pantalla poblada de siluetas y sombras, pero esa fantasía no podía durar eternamente. Fue gracias a esa fantasía borrosa que había logrado modelar el perfil de la señora Matilde en la oscuridad de la sala.

Tal vez fueron películas como *El Manto Sagrado*, *Demetrio el Gladiador* y *Destinos cruzados*, con Ava Gardner y Stewart Granger (films considerados hoy día cursis, efímeros, con esa incesante evolución del gusto, modificándolo, y reemplazado con increíble rapidez por el cine), las que iban a abrirle una modesta perspectiva del mundo. Desde niño se aburría con los abuelos, incluso en el pasaje Royal donde a veces iba a tomar helados con ellos. A menudo el abuelo lo llamaba a su despacho para darle una golosina si lo encontraba por el pasillo interpretando el papel de cualquiera de los actores que había visto en las películas.

Del despacho venían no sólo los caramelos *Perugina* con los que el abuelo le llenaba los bolsillos, sino los negocios y acuerdos realizados con Japón y China. Por eso había tantos objetos orientales: kimonos, abanicos y sillas bordadas de seda.

Así comenzó a imitar al actor de traje de tweed y corbata rayada, cuando caminaba a solas con él por los salones. A través de los diálogos mantenidos con Gregory Peck o Richard Widmark, empezó a llevar otra existencia. El niño era demasiado independiente. Andaba por la casa con un sombrero apolillado del abuelo y unas antiguas gafas de sol recuperadas de un canasto de la ropería. Después de comer se acercaba al salón principal y, extendiendo una mano, disparaba con una pistola de plástico. Durante ese movimiento, soltaba una risa gutural, potente. Era la risa de un malvado. Totalmente ajeno a las actividades del abuelo, o las labores de la señora Matilde en la cocina, prefería estar solo con el propósito de subir por una escalera casi secreta hasta el altillo donde se apoyaba contra el borde de hierro a fin de contemplar las torres y campanarios de la iglesias, imaginando al mismo tiempo el deslumbrante rostro de Kim Novak.

Del recuerdo de esos días en la casa del centro su mente saltó al momento en que debía ponerse un abrigo para ir al cine Bolívar. A la entrada del vestíbulo, con baldosas de mármol, quedaba el local de Galerías Salinas, en cuyas vitrinas se exhibían vajillas y cristalería de Bohemia. Al frente estaba el Wonder Bar donde supuestamente se comía el mejor ceviche de la ciudad. Desde la amplia puerta de vidrio y sin dejar atrás a la señora Matilde, pasaba por delante de la columna de madera donde se pegaban los anuncios de las películas por estrenarse. Vio venir al portero vestido con su uniforme de chaqueta corta para guiarlos con los boletos en la mano hasta los asientos.



Si durante la infancia vivió atormentado porque sus padres estaban de viaje y lo dejaban donde los abuelos, tuvo a cambio la recompensa de poder asistir a la matinée del cine Bolívar. Tampoco se trataba de cuestionar los motivos por los cuales Mamatina elegía siempre el mismo asiento. Aunque el niño se hallaba encandilado por la película fue tan astuto que estuvo a punto de identificar al hombre de la gabardina, sentado dos filas más adelante. A través de la claridad que irradiaba del proyector, vio cómo se acariciaba pensativamente la quijada, en tanto miraba de reojo a la señora Matilde. A su lado las manos nerviosas de Mamatina manipulaban la hebilla dorada de un guante de gamuza sobre su regazo. Con una indumentaria tan pulcra como elegante, el hombre no acudía todos los domingos a la sala. A veces al niño se le escapaban algunas cosas del argumento y entonces se concentraba en la actuación, como la tarde que apareció el rostro de Lauren Bacall parpadeando con destellos de amor en la pantalla.

Si escarbaba en el tiempo, habría sido imposible olvidar la tarde especialmente lluviosa en la que tuvo que correr protegido por el paraguas de Mamatina, hasta llegar a la casa esquivando los desagües desbordados. Después de cerrar el paraguas, ella se inclinó para hacerle una breve caricia en la mejilla y el niño sintió el olor de lana mojada de su abrigo. Luego dio media vuelta y se alejó bajo la lluvia, sujetando con las dos manos el paraguas. El niño se demoró antes de subir por la escalera que arrancaba en un extremo del patio. A esa hora ya estaban tapados con un paño las jaulas de los canarios. Luego ingresó al dormitorio de la abuela, con las cortinas de color morado que llegaban hasta el piso y el cuadro lúgubre de Mideros detrás de la mesita donde ella escribía sus cartas. El niño se asomó a la ventana, y desde allí alcanzó a divisar la silueta de la señora Matilde, en el momento en que se reunía con el hombre en una esquina. Luego se alejaron hacia los portales de la plaza, él tomándola a ella del brazo. ¿Qué estaba pasando?, se dijo.

Ahora sólo deseaba verificar el pasado del hombre. Era como si hubiera querido recordar cómo caminaba con su gabardina bajo la lluvia. ¿Era el mismo doctor Kronz? Porque el personaje se ajustaba a determinados criterios establecidos. ¿No fue una tarde de otoño, hacía muchos años, cuando trazó el primer esbozo de Josef Kronz en un hotel de París? Luego había ido a tomar algo y por el camino lo imaginó sosteniendo un cigarrillo entre los dedos. ¿De dónde había venido?, se preguntaba. Quizá, como punto de partida, se acordó en el acto del río Moldava. Inventó una fecha de nacimiento y el lugar al que se dirigía. Desde entonces se permitió otorgarle una existencia solitaria, casi errática, incluso se transformó en un personaje imprescindible de la ciudad.



## 4

En esos días no había nadie en quien se pudiera confiar. El enemigo no cedía ni se alejaba del horizonte. Era como un perro que aullaba en las laderas del volcán. Mientras tanto él seguía con el whisky, el té de coca y el café tomado hasta la saciedad. Comía pescado, ensaladas de quinua y lechuga, tortilla española, queso de cabra y manzanas. Comenzó a anotar en sus cuadernos algunos comentarios desordenados sobre la pandemia y los libros que iba leyendo. Del pequeño aparador donde descansaban los bonsáis había retirado un álbum de postales, con más fotos antiguas. Después de examinar con detenimiento el ocaso de la familia iba a comprobar que todos tenían algo de obsoleto, de desolador, tal vez el enigma estaba allí desde que nacieron. En un baúl sin cerradura encontró cartas atadas con cuerdas, papeles azulados, documentos y recortes de periódico. Tampoco le sorprendió la letra temblorosa, de trazos separados en una postal escrita por la abuela. “Recordada señora Matilde: Estoy en Guayaquil y hace mucho calor. El hotel Humboldt es sin duda elegante, pero hay un río enorme y oscuro al que no conviene acercarse...”

Entre la lectura de uno y otro libro percibió cómo aumentaba el silencio a su alrededor, tanto en el parque como en la ciudad. Algunas imágenes de la televisión le devoraron por dentro, con la violencia de los cuadros de Goya. Lo que más le indignaba era la barbarie del espectáculo, que convertía el barrio de La Comuna en una película barata de terror. Si no hubiera tenido encendido el televisor, no habría escuchado aquellas voces enloquecidas ni habría visto a esa gente corriendo junto a los ataúdes, y tuvo la misma impresión de revivir aquel incidente padecido en casa de los abuelos, cuando supo que Mamatina había muerto.

¿Cómo sería cuando ella se quedaba sola en la casa? Aún más atrás en su memoria, Vásconez se la imaginó tomando té en la cocina o regando las violetas en la galería, como si estuviese preparándose para actuar en una modesta obra de teatro. Mientras ponía agua a los maceteros, hablaba con las violetas, pero nadie sabía lo que les decía. La vio lavarse cuidadosamente las manos con jabón de rosas y colocar un alfiler en el sombrero antes de salir a la calle. Y como todas las mañanas a la misma hora, acudía al despacho del abuelo, tocaba con sigilo la puerta y le entregaba el menú del día. En más de una ocasión la sorprendió leyendo novelas de Selma Lagerlöf, Pearl S. Buck o algún libro de Gabriela Mistral, durante las últimas horas de la tarde.

Sin embargo, dudaba que la señora Matilde cultivara otras amistades que no fueran las mismas que las de toda la familia. ¿En algún momento había sido feliz? En todo caso, la felicidad no era algo que pudiera interesarla. Pero los domingos esperaba al niño con puntualidad, sentada en la galería junto a las jaulas de los canarios, porque no iba a dejar de ir al cine. Más adelante supo de su respeto por la abuela. De su afecto

por el primo Federico a quien regalaba una corbata por el día de su cumpleaños, cada 28 de abril. También advirtió cuánto le había afectado la muerte de tía Fanny, en un hotel de Suiza, aquejada de una incurable tuberculosis, porque conservaba una fotografía de ella sobre la puerta del ropero en el dormitorio.

En la misma habitación había una silla de mimbre, arrimada contra la pared donde se apilaban las camisas y pañuelos recién planchados del abuelo. Llamaba sin duda la atención el título de chef colgado como un objeto inservible sobre el respaldo de la silla. Se trataba de un pergamino, encabezado por un texto escrito en grandes letras góticas. Y también conocía su afición por el cine, ya que guardaba al lado de la cama algunos recortes de artistas y películas famosas en una caja de zapatos.

De pronto sintió una opresión en el pecho, al observar por la ventana los disparos cruzados del granizo cayendo sobre los cristales. No podía dormir. Imaginaba el aspecto rústico del portero, cuando se acercó donde la señora Matilde en el cine y la encontró muerta con la cabeza echada hacia atrás con unos cuantos objetos de la cartera tirados sobre el piso. ¿La encontraría con ojos abiertos, fijos en la película que había estado viendo? ¿Cuál sería? Tuvo la impresión de que podía ser una película con Natalie Wood o Cary Grant. A los pies de la señora Matilde descubriría la polvera francesa, el pintalabios y un sobre de color habano con la carta del hombre de la gabardina que sin duda la esperaba como todos los domingos. Fue veinte años después, cuando se había cambiado de casa, que Vásconez encontró un atado de cartas con los mismos sobres habanos entre las páginas amarillentas del libro de Cordon Bleu. Estaban escritas con tinta azul y la letra era apretada, errática, como probablemente había sido la vida del hombre, pero entonces advirtió que había una incógnita porque no llevaban firma alguna.

Del cine la llevaron a la casa, lo que le hizo pensar que había sido el abuelo quien dispuso el traslado junto con los hombres de la funeraria. Como si el niño intuyese dónde se hallaba el cadáver, se encaminó al cuarto de plancha. Al verla tendida en la cama, desnuda debajo del abrigo azul marino, con los botones abiertos como un voluminoso pescado extendido sobre la mesa de la cocina, reprimió una emoción llorosa y un gesto de horror frente al empleado de la funeraria, quien se desplazaba con un pincel en la mano, apartándose a ratos para contemplar aquel rostro espolvoreado de blanco.

Pese a su condición de ama de casa y conservar el privilegio de ser de origen europeo, como decía la abuela Sara, la señora Matilde no poseía una habitación propia. Aislada por un biombo barato de hospital, confeccionado con una tela de lana de color gris, su cama descansaba en un rincón del cuarto de plancha, junto a una ventana de cristal esmerilado que daba a un patio interior donde un zapatero tenía su taller de trabajo.

## 5

Entre las sombras del salón, todos llevaban ropa negra. Afuera caía una lluvia de aguja en cada rincón de la ciudad. Leves toques golpearon los vidrios del salón chino. Un grupo se había formado junto a la abuela, vestida con un traje negro de seda y un broche de plata cerrado en el cuello. Con dificultad el niño se abrió paso hasta ella. Vio que en la mano sostenía un diminuto pañuelo bordado, mientras permanecía impávida junto a la tarima de roble donde habían colocado el ataúd rodeado de nardos y rosas blancas, del cual se desprendía un ligero aroma dulzón que él acabaría por asociar con la muerte. El niño se fijó en toda esa gente, en los zapatos de algunos hombres golpeando contra la alfombra. También vio rostros soñolientos, velas humeantes y candelabros de bronce dispuestos a lo largo de la pared. Del salón habían retirado las consolas lacadas de negro con un fondo de pájaros. Apenas a dos pasos de la puerta había un grupo de hombres acompañando al abuelo, la mayoría muy envarados y silenciosos, que no dejaban de fumar. De vez en cuando se oía un gemido. Una voz femenina rompió el silencio del salón. Dijo algo muy cerca de él. “¿Es cierto que murió en el cine?”

Aún se acordaba de aquella tarde devastada por el miedo. ¿Qué edad tenía? ¿Diez, doce años? Tal vez era muy tarde cuando se subió a una silla con un espejo de la abuela y, siguiendo las instrucciones de un libro de vampiros que había leído unos meses atrás, se inclinó hacia el ataúd y colocó el espejo sobre los labios pintados de Mamatina, con el propósito de verificar si estaba muerta. Después de unos segundos de espera, casi sin poder respirar, se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Al bajar de la silla buscó los ojos de la abuela, pero no los encontró. Fue cuando su padre se le acercó y él le preguntó con ansiedad si Mamatina iba a regresar de la muerte. Le dijo que no molestará.

En las siguientes semanas no hubo cambios en la ciudad. Todavía no había amanecido, pero ya sentía en el aire glacial, en el perfil borroso del volcán la amenaza lluviosa del nuevo día. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo iba a seguir?, se dijo Vásconez, encerrado en su cuarto. No podía creer que eso era la muerte. Fue en ese momento que se sorprendió recordándola. No sabía muy bien qué era lo que quería recordar. La señora Matilde había muerto, pero su historia iba a regresar con más fuerza en los días de la pandemia.

Ella parecía haber entrado con paso reposado en el vestíbulo, hacía tanto tiempo que no tomaba asiento su figura solitaria en la sala. Esbozó una sonrisa. Ahora se la imaginó sentada en un sofá viejo en una casa de dos pisos del barrio El Dorado. Había una ventana sin cortinas que tenía los vidrios sucios. Daba a un patio trasero donde vio una palmera agitada por el viento. Cerró los ojos. De pronto a Vásconez se le cruzó la idea de que el hombre no iba a venir. No, no iba a venir a tiempo, se dijo. Era de noche cuando despertó, sin saber dónde estaba. Ella no

volvió a hablar. Él esperó en silencio. Hasta ese momento no se había dado cuenta, pero siempre iba a haber una señora con quien habría de frecuentar cada domingo la matinée del cine Bolívar.

Quito, mayo, 2020